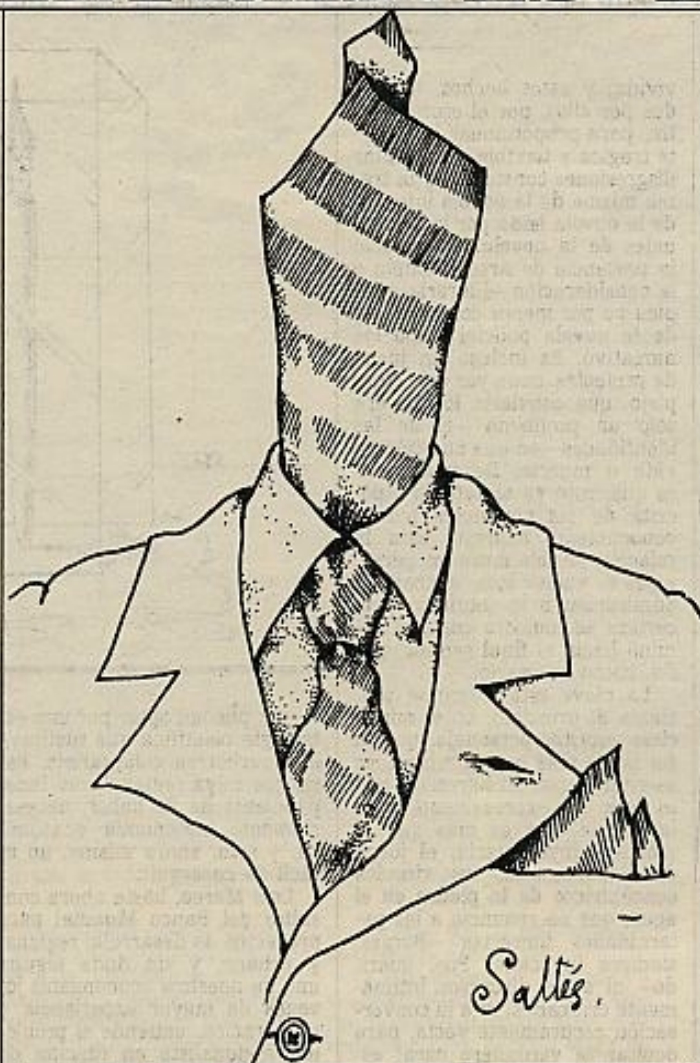


LIBROS

Las novelas de Iris Murdoch

Irlandesa, educada en Oxford —donde actualmente es profesora—, antigua funcionaria de la UNRRA, Iris Murdoch es actualmente una de las más conocidas novelistas británicas. La suya ha sido una carrera brillante y sostenida. Su primer libro fue un soberbio ensayo sobre Sartre (1953), traducido al castellano y publicado en Argentina por Sur, y varias veces reimpresso. Se dio a conocer como novelista con "Under the Net" (1954), que editó en España Plaza y Janés. Desde entonces su obra ha seguido una progresión serena y tranquila, publicando una serie de libros que la sitúan como una de las narradoras más importantes de nuestra tiempo. Muchos de sus libros han sido publicados en España. Plaza y Janés ha publicado, además de la novela citada, "Cabezas cortadas"; Destino ha editado "La muchacha italiana" (1967), "Una derrota bastante honrosa" (1974) y "El príncipe negro" (1977), principal objeto de esta nota. Lumen ha publicado las que para mí son sus obras maestras: "El sueño de Bruno" (1973) y "Amigos y amantes" (1970). En América Latina han aparecido en Sudamericana "Un hombre, si acaso" (1975) y en Joaquín Mortiz, ese extraordinario estudio de la perversión que se llama "El unicornio" (1966). No sé si hay más cosas traducidas por ahí. Lo que me da la impresión es que ninguna de sus novelas ha debido venderse muy bien entre nosotros.

Iris Murdoch es tipo de escritora que poco o nada tiene que ver con nuestra tradición literaria. Su obra no plantea, afortunadamente, ninguna muerte de lenguaje ni ninguna metafísica de la incomunicación entre el autor y el lector. Parte de un esquema técnico muy sólido y, si se quiere, tradicional. Ante todo, Iris Murdoch cuenta historias. Historias que nos apasionan desde la primera página y que nos llevan a devorar el relato entero. Sus personajes proceden casi siempre del mismo medio: la clase media y la alta burguesía británicas. Hay muy pocas incursiones hacia otras clases, hacia otros medios sociales. Iris Murdoch escribe lo que, para entendernos, llamáramos novelas psicológicas. In-



dudablemente hay quien sostiene que la novela psicológica ha muerto. Los objetivistas lo pretendieron en su día. Robbe-Grillet pontificó sobre ello desde las páginas sofisticadas de unas cuantas revistas literarias francesas. Al cabo de los años, sin embargo, lo que ha muerto es el objetivismo y Robbe-Grillet con él. Y muchos de los desdichados novelistas psicológicos podrían decir, como el personaje del "Tenorio": "Los muertos que vos matáis gozan de buena salud". Uno de ellos podría ser Iris Murdoch. Las novelas de la Murdoch tienen siempre una estructura que recuerda ciertas formas musicales particularmente intrincadas. Suelen partir de un tema aparentemente sencillo, pero que se va haciendo cada vez más complejo hasta volverse laberíntico. Hay momentos en que uno diría que Iris Murdoch hasta solo escribiendo comedias de enredo noveladas. Pero siempre hay algo más. A través generalmente de una utilización fascinante del diálogo, la novelista nos va revelando qué es lo que hay tras la piel aparentemente frívola o superficial de las cosas. Y que es un mundo que no tiene nada de cómodo, un mundo surcado

por una red de intencionalidades que se cruzan y chocan, destruyéndose mutuamente.

En todas las novelas de Iris Murdoch subyace la pasión ética. Existe siempre un núcleo irreductible de pureza y de honestidad que las convenciones sociales y morales no pueden desgastar. Ese núcleo lo encarnan personajes que viven dentro del universo de las relaciones sociales, pero espiritualmente fuera de él. Gentes en quienes los demás tiene tendencia de depositar sus inquietudes, sus frustraciones y sus reacciones. Ese choque entre una moral de negación y una moral de afirmación se expresa en términos generalmente dramáticos. La comedia de costumbres, llena de ingenio y de ironía, de pronto se oscurece y sobreviene la tragedia. La vida humana es esencialmente trágica, nos dice muy sartriamente Iris Murdoch en una novela tras otra.

"El príncipe negro" es, en este sentido, modélica. En ella aparecen con gran claridad las virtudes y los defectos de la novelista irlandesa. En "El príncipe negro" el chivo expiatorio es un escritor fracasado llamado Bradley Pearsons. En torno su-

yo se encuentran Arnold Baffin y su esposa, Rachel; Julián, hija de ambos; Christian, su ex esposa; Francis, un pobre diablo homosexual y reprimido. Todos ellos, salvo Francis, vampirizan a Pearsons. Cuando empieza el relato, éste va a emprender un viaje por Europa. No lo emprenderá nunca. La red de sus relaciones se empieza a espesar de pronto y a convertirse en una malla impenetrable que terminará asfixiándolo. Héroe casi kafkiano, Bradley Pearsons se extingue entre el fuego cruzado de los egoísmos ajenos que buscan en él un exutorio para descargarse de su mala conciencia. Será la víctima propiciatoria. Todos lo abandonarán finalmente, dejándolo abrumado con su tremenda soledad, como le ocurre a tantos otros personajes de Iris Murdoch.

Novela lenta, morosa a ratos, "El príncipe negro" no es una obra perfecta, pero sí muy interesante y significativa dentro de la obra de su autora. El giro magistral de su última parte redime un relato que en ocasiones puede pesar y le infunde una vida extraordinaria. Bradley Pearsons alcanza el valor de un símbolo. En un mundo deshumanizado es, con sus torpezas a cuestas, el principio de humanización. Su percepción dolorosa del arte en un mundo de "snobs" desvergonzados es algo que una sociedad burguesa y aparentemente bien ordenada no puede tolerar. Por eso su desgracia final es recibida con un suspiro de alivio. Su amor por Julián invierte la relación entre Octavio y la mariscala en "Der Rosenkavalier", de Richard Strauss, cuya audición se sitúa próxima al climax emocional de la novela. En este caso, como en otros libros de la Murdoch, la música juega un papel de fuertes connotaciones simbólicas de síntesis, de arte que recoge en sí la esencia de todas las demás artes. Bradley tiene cincuenta y ocho años y Julián veinte. Como en el caso de Octavio y la mariscala, el amor se revelará condenado a la extinción. Y una vez disipada la fugaz sensualidad, la parte más fuerte se marchará sin ni siquiera mirar hacia atrás.

Escritora en la plenitud de su capacidad creadora, Iris Murdoch, una vez más, nos demuestra lo vacío y lo pedante de la cháchara sobre "la muerte de la novela" y otras sublimitades. Con un estilo sobrio y preciso, sigue construyendo su mundo imaginario, su crítica de lo real, impregnados por una extraña y fascinante poesía. Un mundo donde el amor y la muerte se dan constantemente la mano, en la estela de toda la gran mitología romántica. ■ JAVIER ALFAYA.